

CULTURA



GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES 177

MANUEL HIDALGO



Imagen del dramaturgo Pedro Calderón de la Barca.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

‘El alcalde de Zalamea’, en el Teatro Pavón

Palabra de honor

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) pasa por ser el señor de negro del teatro barroco español, el grave artífice de los dramones de honor, el dramaturgo especializado en intrincadas exposiciones filosóficas y teológicas, trufadas de símbolos y de profundas ideas.

Tenido por severo y malcarado, Calderón se hizo cura a los 50 años y, a diferencia de otros clérigos teatreros –Lope, claro–, no dio el canto con lances amorosos, y no sólo se dedicó a sus capellanías reales durante el resto de su larga vida, sino que se concentró en la escritura de sus autos sacramentales, que le han dejado esa vitola de autor transcendental.

Pero basta recordar *La dama duende* (1629) y sus divertidos tejemanejes para tener presente que Calderón le pegó a todo y que, con sus colegas españoles del Siglo de Oro –y en conexión con la comedia italiana–, no sólo apalancó las bases de la comedia teatral europea que imitarían los franceses –Molière, el primero–, sino los fundamentos –por exagerar que no quede– de la comedia cinematográfica americana.

Lo que sucede es que este mérito se lo suele llevar Lope de Vega en exclusiva. Calderón siguió en buena medida las preceptivas renovadoras de Lope, ocupó su lugar en el estrellato de corralas y teatros cortesanos e hizo su propia aportación –más música, decorados más espectaculares, más trasiego–, estando a su altura en el fluido manejo del verso –de trazas gongorinas–, aunque lo normal es decir que el verso lopesco era más fluido y cantarín y el de Calderón más cuajado y embridado.

El madrileño Calderón, con raíces en la hidalguía cántabra, tuvo cinco hermanos y, además de una madre, una madrastra que le jorobó la vida con desamores y líos de herencia. Estudió –como Lope– en el Colegio Imperial de los Jesuitas, pues su padre –pronto, difunto padre– quería orientarle hacia la carrera eclesiástica desde el principio, de modo que el adolescente Calderón tuvo que ampliar su formación canónica en Salamanca. Pero entonces rehuía la sotana.

Hablando tanto de Lope, habrá que decir que, tras ser herido un hermano, Calderón y otros hermanos persiguieron al agresor –hijo de un cómico– hasta el interior sagrado del convento de las Trinitarias. No dieron con él. Pero –vaya por Dios– en tal convento estaba encerrada una hija de Lope, que se cabreó sobremanera y cogió ojeriza a su compañero de tablas.

En los años 20, Calderón se metía en muchos fregados –no debía de ser tan solemne–, porque, con anterioridad a la intrusión conventual y antes de andar como soldado por Italia y Flandes, estuvo involucrado, siempre con sus pendencieros hermanos, en un caso de homicidio que a pocas le cuesta la cárcel, que evitó aporquinando una sustanciosa indemnización.

Calderón, sí, fue militar antes que fraile y participó en la batalla de Fuenterrabía y, con las tropas de Felipe IV, en el cerco de Lérida, donde fue herido en una mano y licenciado con pensión. Allí murió su hermano José, editor de una de las varias ediciones de sus obras, que nunca convencieron –errores de

DOS DELANTE

> ‘MIRADAS 2’

No se puede decir que no haya programas culturales buenos en la televisión. Hay varios. Lo que hay que hacer es verlos más y quejarse menos. Por ejemplo, *Miradas 2*, cada día a las 14:30 y a las 20:30 en La 2. Moderno de fondo y forma. Muy competente y muy entretenido.

> ‘XTRA’

Va de lo mismo. Digital Plus, con el número 7, ha abierto un canal estupendo. Películas diferentes, conciertos. En dos días, dos regalos: *Les plages d’Agnès*, de Agnès Varda, y el concierto de Sting en la catedral de Durham. Dos joyas.

transcripción, falsas atribuciones– a Calderón. Antes de ordenarse sacerdote, y con probable relación de causa-efecto, Calderón tuvo un hijo, **Pedro José**, con una señora no identificada. Madre e hijo murieron pronto sin dejar rastro.

Amor, honor y poder supuso el debut, a los 23 años, de Calderón sobre las tablas, y después le seguirían cerca de 200 piezas más. El teatro calderoniano estuvo eclipsado hasta el siglo XIX, cuando fue reivindicado por Hegel

Se hizo cura a los 50 años y, a diferencia de otros clérigos teatreros –Lope–, no dio el canto con lances amorosos

‘Amor, honor y poder’ supuso su debut sobre las tablas y después le seguirían cerca de 200 piezas más

y por Goethe y otros románticos alemanes, y otra vez puesto en valor por Menéndez Pelayo, que lo ensalzó, estudió y clasificó.

La clasificación de Menéndez Pelayo es muy prolija y arborescente. Dramas, comedias y autos sacramentales –los tres campos– tienen, a su vez, divisiones y subdivisiones según el asunto de que traten y sus estrategias narrativas. No acabaríamos.

Evocando lo escolarmente conocido, digamos que *El gran teatro del mundo* o *La cena del rey Baltasar* sirven de paradigmas del apabullante teologismo de los 80 autos sacramentales. Casa con dos puertas mala es de guardar sería cita que no dejaría sola a *La dama duende* entre sus chispeantes comedias de enredo.

Abreviando, que es gerundio, los dramas calderonianos son religiosos (*El príncipe constante*), filosóficos (*La vida es sueño*), trágicos (*El alcalde de Zalamea*) y de honor (*El médico de su honra*). Sabiendo esto te aprueban la Selectividad.

Lope ya cardó intensamente la lana del honor (como otros), pero la fama se la llevó Calderón: «el honor calderoniano», tan vecino de los celos y tan exigente que sólo se restituye matando a la ultrajada y al ultrajador.

En *El alcalde de Zalamea* (de hacia 1640), el hermano de Isabel, la ultrajada, quiere matar a la una y al otro, pero fracasa. Toma el control el villano Pedro Crespo, el padre de la violada, que, por su cuenta, ofrece al capitán violador la posibilidad de casarse con su hija para reparar el honor y el destrozo. El militar, muy chulo, se niega. Crespo dice que lo juzga y liquida. Ataíde, el capitán, desprecia (¡enci-ma!) a Crespo y se ampara en su derecho a consejo de guerra. Ni por ésas. A Ataíde lo ultiman con garrote vil, lo cual enfurece a Don Lope, el jefeazo de las tropas. Y, cuando las cosas se están poniendo tiesas, aparece el mismísimo Felipe II, que ciertamente pasaba por Zalamea de la Serena, y le da la razón a Crespo. Isabel, quiera o no, y aunque no tiene culpa de nada y se ha explicado en un conmovedor monólogo, derecha a un convento.

Así las gastaban en aquellos tiempos. El honor. Los villanos ascendían frente a los sacrosantos militares, pero la palabra del Rey era palabra de Dios. La función termina a capón, y Calderón no se avergüenza –hoy te echarían atrás un guiño por eso– de hacer alarde a Pedro Crespo de repente y, al darle la vara de mando, complicar los entresijos sociales y políticos del drama.

Luz de pintura barroca. Vacía –con algún panel– caja negra, el escenario. Los actores (buenísimos), aguardando turno en sillas. La esencialidad de la palabra, de los conflictos y de los personajes. Muy bueno, el montaje de Eduardo Vasco para la Compañía Nacional de Teatro Clásico.

Botín apadrina un ambicioso libro sobre la Universidad

JUANJO BECERRA / Cádiz

De las primeras inscripciones astronómicas sobre tablillas de barro a los adoquines de Mayo del 68, de la Biblioteca de Alejandría a los campus virtuales, la historia del conocimiento humano viajó durante siglos hasta que, como Atenea en el Partenón, encontró su gran templo: la Universidad de Bolonia, en 1088. Después, ese viaje varias veces milenar se ha prolongado durante algunos siglos más hasta convertir los campus en las complejas estructuras docentes e investigadoras de hoy. Las peripecias de esa evolución se recogen ahora, de manera extensa y pormenorizada, en el libro *La Universidad, una historia ilustrada*, editado por la División de Universidades del Banco Santander.

El presidente de la entidad financiera, Emilio Botín, fue el encargado de presentarlo en el Centro de Congresos de San Fernando (Cádiz). Le acompañaba, entre otras autoridades, Fernando Tejerina, encargado de urdir y ahormar las aportaciones de 34 profesores e investigadores de 16 nacionalidades distintas, así como las más de 230 imágenes de prestigiosos autores –entre ellos, Christopher Anderson, Candida Höfer, Richard Kalvar y Bruno Barbey–.

El resultado de ese trabajo es un compendio histórico que, por primera vez en un solo volumen, rastrea las huellas dejadas por la educación superior en sus pequeñas y grandes manifestaciones: el ágora, la academia, el gimnasio, las escuelas de traductores, la Universidad Imperial de China, los grandes campus norteamericanos...

Investigación exhaustiva

«El objetivo último era poner en valor la aportación de la Universidad en cada periodo de la historia de la humanidad», destacó Botín, quien precisó que el libro es «el resultado de un trabajo de 18 meses». El presidente del Banco Santander también mostró su satisfacción con que fuera presentado en San Fernando, justo 200 años después de que diera comienzo allí la redacción de la Constitución conocida como *La Pepa*.

Pocos minutos después de la presentación de *La Universidad, una historia ilustrada*, los Reyes de España, el ministro de Educación, Ángel Gabilondo, y el presidente de la Junta de Andalucía, José Antonio Griñán, presidieron la inauguración oficial del curso académico. El acto se desarrolló, precisamente, en el Teatro Cómico de la ciudad fernandina, que acogió las deliberaciones de las Cortes Generales y Extraordinarias en 1810.

Por otra parte, en la mañana de hoy mismo tendrá lugar la X Junta General de Accionistas Universitaria, la prestigiosa red de universidades impulsada por Banco Santander, que asocia a 1.169 centros de 23 países y que contará con la presencia del propio Botín y de los 79 rectores españoles.